

Filosofía y ciencias sociales: posibilidades de un diálogo disciplinar a partir de la obra de Arturo A. Roig

Por *Romina ACCOSSATTO**

EN LAS ÚLTIMAS DOS DÉCADAS América Latina se ha constituido en el escenario de emergencia de nuevos sujetos políticos y movimientos sociales que surgieron en contestación a los efectos regresivos de las políticas neoliberales. Estas novedosas expresiones sociales estimularon renovados debates en el campo académico regional, que tuvieron la intención de comprender sus particularidades y modalidades de emergencia. El propósito del presente trabajo es realizar una relectura de estas nuevas matrices de análisis de los movimientos sociales latinoamericanos, a partir de una aproximación a las elaboraciones filosóficas de Arturo Andrés Roig (1922-2012). Ello para contribuir al estudio de la emergencia de sujetos políticos en el contexto de crisis de legitimidad del modelo neoliberal.

La filosofía y el pensamiento social pueden ser considerados importantes fuentes a través de las cuales profundizar el trabajo teórico en las ciencias sociales, y cuando abordamos la obra de Roig, el ejercicio de tender puentes disciplinares se presenta como una tarea factible y a la vez estimulante. Su mirada, sensible a las realidades latinoamericanas, sigue interpelando, aún hoy, al pensar y quehacer crítico en cualquiera de sus formas. Esta afirmación toma más fuerza todavía cuando lo que urge es analizar los efectos del neoliberalismo, su dimensión ético-política y las necesarias manifestaciones de resistencia que se han ido tejiendo en este contexto. Ya en 1997, en pleno despliegue de las políticas neoliberales en la región, Roig afirmaba:

Las morales emergentes son un pensar y un obrar, dado en la misma praxis social, expresado espontáneamente y sin pretensiones teóricas por sectores de población femenina, campesina, indígena, negra, mestiza, proletariado industrial, sectores de los suburbios, clases medias empobrecidas, niños arrojados a la calle y la masa, en nuestros días creciente, de desocupados y

* Doctoranda en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires; miembro del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina; e-mail: <raccossatto@mendoza-conicet.gob.ar>.

parados, abandonados a las medidas derivadas de un sistema que ha hecho opción entre riqueza financiera y vida humana.¹

En otro pasaje vuelve a insistir:

se encuentran, como siempre, los movimientos sociales que, con diversos grados de espontaneidad y en circunstancias diversas, expresan, de modo constante, sus requerimientos de dignidad, de libertad y de igualdad, mediante formas diversas de resistencia, desobediencia y disenso.²

Podría advertirse entonces un espacio de reflexión común entre las morales emergentes a las que Roig alude y los llamados movimientos sociales tan citados por las ciencias sociales latinoamericanas a partir de la década de los años noventa: la centralidad que adquieren sujetos desposeídos, subalternizados, oprimidos pero que, a la vez, desde su situación de exclusión, llevan adelante acciones conjuntas de resistencia. Tomaremos este primer punto de contacto y, en el marco de este trabajo, nos enfocaremos en la noción *a priori antropológico* propuesta por Roig como una categoría que permite enriquecer y complejizar el estudio de las identidades políticas de los movimientos sociales latinoamericanos en el campo de las ciencias sociales.

Para ello, en un primer apartado se realizará un breve recorrido por el campo de estudios constituido por las teorías latinoamericanas sobre movimientos sociales, algunos aspectos fundamentales de su constitución y las limitaciones teórico-analíticas que se han presentado. En la segunda parte del trabajo nos centraremos en la categoría propuesta y en las posibilidades que representa la dimensión ético-política para el estudio de las identidades. Finalmente, se delinearán las consideraciones y los puntos centrales a los que se ha arribado a lo largo del trabajo.

Teorías latinoamericanas sobre movimientos sociales y acción colectiva: problemáticas y vacancias

LA apertura de un nuevo ciclo de conflictividad y protesta social que se desplegó en la región a finales de los años noventa, tuvo

¹ Arturo Andrés Roig, “Las morales de nuestro tiempo: un reto para las nuevas generaciones”, en Adriana Arpini, comp., *América Latina y la moral de nuestro tiempo: estudios sobre el desarrollo histórico de la razón práctica*, Mendoza, Ediunc, 1997, pp. 7-14, p. 11.

² *Ibid.*, p. 8.

como característica principal la emergencia de numerosas organizaciones y movimientos sociales que se constituyeron en actores fundamentales de la resistencia a las políticas neoliberales. Este nuevo periodo, que puede ser reconocido como el de crisis de legitimidad del modelo neoliberal, presentó diferentes características e intensidades según los países y realidades nacionales. Uno de sus aspectos paradigmáticos se vinculó con las manifestaciones y reivindicaciones de organizaciones sociales que ensayaron novedosas formas de participación y vías de politización que multiplicaron y extendieron su capacidad de representación: movimientos urbanos territoriales y socioambientales, colectivos feministas y LGBTI, organizaciones culturales y de derechos humanos, agrupaciones de trabajadores/as desocupados/as y fábricas recuperadas, movimientos indígenas y campesinos etc. La emergencia de estos grupos sociales y políticos dio cuenta de la existencia de un conjunto de reivindicaciones que complejizaron la conflictividad entre capital y trabajo, condicionando diferentes clivajes identitarios y configurando un campo multiorganizacional extremadamente complejo en sus posibilidades de articulación.³

Este contexto de movilización y emergencia social relanzó al centro del debate académico la problemática de las dimensiones políticas de los nuevos sujetos y de las identidades colectivas en el contexto neoliberal. Las transformaciones sociales que se dieron como producto de las políticas neoliberales —recorte fiscal, privatizaciones, desindustrialización, crisis del mercado laboral, vaciamiento de la política institucional y aumento de la pobreza y marginalidad— provocaron un desacoplamiento de los marcos clásicos de acción colectiva. En consecuencia, se produjo un proceso de desinstitucionalización de los soportes colectivos que estructuraban las identidades políticas, en los que el “trabajo” como ámbito de socialización política y la participación en partidos tradicionales dejaban de ser una referencia exclusiva para su constitución.⁴

El intento por explicar y comprender los cambios regionales en las identidades y subjetividades que se dieron como producto del impacto de las políticas neoliberales abrió nuevos campos de indagación científica. De este modo, en América Latina se fue

³ Maristella Svampa, “Protestas, movimientos sociales y dimensiones de la acción colectiva en América Latina”, ponencia presentada en las Jornadas de Homenaje a Charles Tilly, organizadas por la Universidad Complutense de Madrid/Fundación Carolina, del 7 al 9 de mayo de 2009.

⁴ Cf. Manuel Antonio Garretón, *Cambios sociales, actores y acción colectiva en América Latina*, Santiago de Chile, CEPAL, 2011 (Serie *Políticas sociales*, núm. 56).

afianzando una tradición analítica propia sobre el estudio de los movimientos sociales y las acciones colectivas vinculada al campo de las ciencias sociales, de un marcado carácter ecléctico.⁵ Una de las particularidades de estas teorías latinoamericanas es que se encontraron signadas por la influencia que ejercieron las escuelas anglosajonas y las teorías europeas en el estudio de la conflictividad social y la emergencia de nuevos sujetos políticos en la región.⁶

Se produce así una recuperación de elementos conceptuales y metodológicos del enfoque de los marcos interpretativos y de la teoría de la movilización de los recursos, por un lado, y de la escuela de los nuevos movimientos sociales, por otro. Ambas corrientes constituyen el campo de las teorías clásicas sobre movimientos sociales que surgieron en las décadas de los setenta y ochenta, al calor de la emergencia de nuevas formas de conflictividad social en los países centrales. El eje fundamental de indagación de estas teorizaciones radicaba en el cuestionamiento sobre las razones que llevan a un grupo de personas a realizar una acción conjunta. Estas corrientes sociológicas han ensayado respuestas centradas en la acción colectiva que desplegaron los movimientos sociales en las diferentes realidades nacionales, a partir de sus propios marcos conceptuales, dando forma a un debate que llega hasta la actualidad.

En el caso de la llamada escuela anglosajona, centrada en el marco de las oportunidades políticas de los movimientos sociales y con una concepción de la acción colectiva como producto de una racionalidad estratégico-instrumental, podemos mencionar los trabajos emblemáticos de Charles Tilly, Doug McAdam, Mayer Zald y John McCarthy.⁷ La escuela europea, aglutinada en la teoría de los

⁵ Algunas de las obras que pueden insertarse en esta tradición son: Sebastián Pereyra y Maristella Svampa, *Entre la ruta y el barrio: la experiencia de las organizaciones piqueteras*, Buenos Aires, Biblos, 2003; Álvaro García Linera, coord., *Sociología de los movimientos sociales en Bolivia: estructuras de movilización, repertorios culturales y acción política*, La Paz, Diakonia/Oxfam, 2004; Maria da Glória Gohn, *Teorias dos movimentos sociais: paradigmas clássicos e contemporâneos*, São Paulo, Edições Loyola, 1997; Boaventura de Sousa Santos, *Descolonizar el saber, reinventar el poder*, Montevideo, Trilce, 2010.

⁶ Cf. Gohn, *Teorias dos movimentos sociais* [n. 5]; y Maristella Svampa, *Movimientos sociales, matrices socio-políticas y nuevos escenarios en América Latina*, Kassel, Universität Kassel, 2010 (*OneWorld Perspectives, Working papers*, 01), en DE: <<http://maristellasvampa.net/archivos/ensayo45.pdf>>.

⁷ Cf. Charles Tilly, *From mobilization to revolution*, Reading, MASS, Addison-Wesley, 1978; Charles Tilly y Lesley J. Woods, *Los movimientos sociales, 1768-2008: desde sus orígenes hasta Facebook*, Ferran Esteve, trad., Barcelona, Crítica, 2010; y Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer N. Zald, eds., *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Istmo, 1999.

nuevos movimientos sociales fue nutrida por diferentes líneas de trabajo entre las que se destacan las obras de Alain Touraine, Claus Offe y Alberto Melucci.⁸ Partiendo del estudio de los movimientos sociales que emergieron luego del Mayo francés, principalmente colectivos pacifistas, ecologistas, feministas y estudiantiles, esta escuela focalizó sus trabajos en el análisis de la solidaridad entre las personas de un colectivo, los procesos de construcción identitaria, la cultura, la ideología y las luchas sociales cotidianas.

Es importante destacar que el contexto de emergencia y de debate de estas nuevas teorías en las academias anglosajonas y europeas se encuentra atravesado, por un lado, por la crisis del paradigma marxista como un marco interpretativo de los procesos de conflictividad social y, al mismo tiempo, por la centralidad que van adquiriendo los actores sociales no vinculados exclusivamente a la relación capital-trabajo. Ya en 1981 Jürgen Habermas advertía que, a partir de los procesos de institucionalización de la relación capital-trabajo, los conflictos en torno a la protección e instauración de nuevas formas de vida e identidades colectivas van adquiriendo un gran protagonismo.⁹

La significativa incorporación de este conjunto de teorías exógenas al interior del campo académico latinoamericano permitió ampliar el horizonte analítico de los movimientos sociales con la introducción de nuevas categorías y formas de operación. Sin embargo, al mismo tiempo, impusieron marcos de interpretación que no lograban aprehender las complejidades de la emergencia de los sujetos políticos de la región y que en algunos casos provocaron una omisión de las particularidades de las identidades y movimientos sociales emergentes. Incluso algunos autores sostuvieron que “la influencia de estas perspectivas no sólo propendía al ocultamiento de la cuestión social sino también al enmascaramiento de la dominación colonial”.¹⁰

En consecuencia, puede decirse que existe una serie de supuestos, nacidos de estos marcos teóricos, que contribuyeron a

⁸ Cf. Alain Touraine, *El regreso del actor*, Buenos Aires, Eudeba, 1987; Claus Offe, *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid, Sistema, 1992; y Alberto Melucci, *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, México, El Colegio de México, 1999.

⁹ Cf. Jürgen Habermas, *Teoría de la acción comunicativa*, 1. *Racionalidad de la acción y racionalización social*, Manuel Jiménez Redondo, trad., Madrid, Taurus, 1987.

¹⁰ José Seoane, Emilio Taddei y Clara Algranati, “El concepto ‘movimiento social’ a la luz de los debates y la experiencia latinoamericana recientes”, *Controversias y Concurrencias Latinoamericanas* (Asociación Latinoamericana de Sociología), año 3, núm. 4 (agosto de 2011), pp. 169-198.

obturar la mirada sobre las complejidades particulares en el proceso de emergencia de los movimientos y organizaciones sociales en el contexto latinoamericano. Un ejemplo de ello es la representación del sujeto colectivo en los teóricos de la movilización de los recursos como actores racionales que actúan en un tiempo presente, homogéneo e infinito, en el cual logran calcular y elegir los medios necesarios para lograr sus objetivos políticos. La racionalidad bastante esquemática de estas teorías explicaría no sólo la constitución del colectivo sino también las prácticas que llevan a cabo, lo que hace perder de vista la importancia constitutiva que poseen elementos como las memorias e imaginarios colectivos de los sujetos políticos regionales.¹¹

No obstante, al margen de estas fuentes a través de las cuales se nutrieron las investigaciones latinoamericanas vinculadas a la temática, se encuentran numerosos abordajes elaborados desde América Latina que proporcionan herramientas que permiten trascender estas limitaciones y dar cuenta de las configuraciones particulares que han adoptado los sujetos en la región. En este sentido, la obra del filósofo argentino Arturo Roig puede ser considerada un elemento de gran valor para indagar las modalidades de emergencia de movimientos de resistencia y organizaciones populares latinoamericanas que, a través de sus acciones de lucha, manifiestan su plena condición de sujetos políticos. A continuación, nos centraremos en la categoría *a priori antropológico* y exploraremos sus posibles contribuciones al debate de las identidades políticas de los movimientos sociales latinoamericanos.

*A priori antropológico y acción colectiva:
hacia un horizonte ético-político del “nosotros/as”*

EN la obra de Arturo Roig, la noción *a priori antropológico* se encuentra vinculada con la problemática del sujeto y los distintos modos de valoración-desvaloración que ha ido asumiendo a lo largo de los procesos históricos latinoamericanos. En tanto, el referente de este modo de subjetivación es América Latina: realidad histórico-cultural específica en la que se constituye una *sujetividad*¹² herida

¹¹ Para profundizar sobre este aspecto, se recomienda la lectura de Romina Accossatto, “Colonialismo interno y memoria colectiva: aportes de Silvia Rivera Cusicanqui al estudio de los movimientos sociales y las identificaciones políticas”, *Revista Economía y Sociedad* (México, UMSNH), vol. 21, núm. 36 (enero-junio de 2017), pp. 167-181.

¹² En lugar de *subjetividad*, que remite a lo individual y lo personal, Roig prefiere hablar en términos de *sujetividad*, entendiendo que el sujeto es siempre colectivo.

y violentada. Su punto de partida es la destrucción originaria que representa la colonización europea, a la cual el padre Bartolomé de Las Casas llamó “la destrucción de las Indias”:

Podemos, pues, hablar de partir de cero, cifra que lo es y plenamente siempre respecto de un sujeto que es negado en su subjetividad. Se trata de un grado cero socio-histórico que es aquel en el que se queda una sociedad humana cuando sufre la catástrofe que Fernando Ortiz ha caracterizado como “huracán cultural”. Se trata, asimismo, con sus palabras, de una “desculturalización” que “arranca de cuajo” las instituciones de los pueblos y “destroza sus vidas”.¹³

Al mismo tiempo que se reconoce una identidad violentada originada por esta situación primigenia y ruptural, Roig toma la elección de pensar desde la alteridad latinoamericana como un lugar propicio para indagar la experiencia humana general. Esto supone oponerse a la pretensión de universalidad que sostiene el lugar de enunciación autorreconocido como único y singular, que procura hablar en nombre de todos/as en un acto de desconocimiento del otro/a.

En este contexto, en el que se constituye una subjetividad devaluada, toma relevancia la noción de *a priori* antropológico que Arturo Roig propone. Lo formula como el ejercicio de un sujeto que logra reconocerse a sí mismo/a como valioso y considerar valioso el ocuparse de sí mismo/a. En otras palabras, es el término que señala la prioridad del sujeto sobre sus objetivaciones, “desde cuya subjetividad se constituye toda objetividad posible”.¹⁴ Por lo tanto, el *a priori* antropológico como valoración de sí mismo/a, es el fundamento no sólo del comienzo de la filosofía sino de la experiencia en general.¹⁵

De esta manera, el sujeto que se establece como tal en el ejercicio del *a priori* antropológico no es, sostiene Roig, un sujeto metahistórico como Hegel plantea, “el cual corre el riesgo permanente de disolverse en un mítico sujeto absoluto”.¹⁶ Sino que es, ante todo, el acto de un sujeto empírico que exige el rescate de la cotidianidad dentro de los marcos de su propia historicidad y que

¹³ Arturo Andrés Roig, *Rostro y filosofía de América Latina*, Mendoza, Ediunc, 1993, p. 152.

¹⁴ Arturo Andrés Roig, *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano* (1981), Buenos Aires, Una ventana, 2009, p. 15.

¹⁵ Es importante aclarar que la propuesta de Arturo Roig se enmarca en los debates sobre la existencia de una filosofía latinoamericana. En este contexto, la postulación del *a priori* antropológico representa la emergencia del filosofar de Nuestra América.

¹⁶ Roig, *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano* [n. 14], p. 12.

posee, por tanto, una función contingente y no necesaria. Otro rasgo constitutivo del sujeto que emerge a partir del acto de ponerse a sí mismo/a como valioso es que, aunque surja de una afirmación discursiva de un sujeto particular, es plural y colectivo/a. El sujeto “no es ni puede ser nunca un ser singular, sino plural, no un ‘yo’, sino un ‘nosotros’, que se juega por eso mismo dentro del marco de las contradicciones sociales”.¹⁷

En este sentido, las contribuciones de Roig en torno a la emergencia del *a priori* antropológico permiten indagar sobre los modos específicos de construcción de un “nosotros/as” desde un aspecto ético-político, el cual puede considerarse un aporte de relevancia para el estudio de los movimientos sociales y las organizaciones políticas. Uno de los elementos de esta contribución se desarrolla en el campo de las identidades de tales sujetos. Para algunos autores insertos en la teoría de los nuevos movimientos sociales, las acciones colectivas tienen lugar siempre y cuando existan actores con capacidad de erigir una perspectiva común, un “nosotros/as” que elabore conjuntamente un diagnóstico de la situación y se asuma como grupo con capacidad de acción. Para el italiano Alberto Melucci:

Los actores colectivos “producen” la acción colectiva porque son capaces de definirse a sí mismos y al campo de su acción [...] Los individuos crean un “nosotros” colectivo (más o menos estable e integrado de acuerdo con el tipo de acción), compartiendo y laboriosamente ajustando por lo menos tres clases de orientaciones: aquéllas relacionadas con los fines de la acción (el sentido que tiene la acción para el actor); aquéllas vinculadas con los medios (las posibilidades y límites de la acción) y, finalmente, aquéllas referidas a las relaciones con el ambiente (el campo en el que tiene lugar la acción).¹⁸

Para el autor, erigir un “nosotros/as” que posibilite la acción colectiva como producto construido, no implica únicamente considerar que lo que se construye es la acción (organizarse, movilizarse, protestar), sino el colectivo mismo. La introducción de una mirada analítica que indaga la construcción de la identidad común de un colectivo permite desplazar las pretensiones instrumentales que se focalizan en el cálculo o maximización de intereses de las acciones políticas —característica de la teoría de la movilización de los recursos, entre otras— para ocuparse de los modos de conciencia grupal, la identidad colectiva, la ideología y la solidaridad.

¹⁷ *Ibid.*, p. 11.

¹⁸ Melucci, *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia* [n. 8], p. 43.

Sin embargo, el aporte de Roig centrado en el *a priori* antropológico puede ser entendido en un nivel más profundo de análisis. El aspecto ético que posee la enunciación de un “nosotros/as” radica en la dignidad humana como fundamento de la emergencia social, en donde la construcción identitaria colectiva se constituye como afirmación humana de una vida digna:

El *a priori* antropológico —posición *sujetiva* que implica la autoconciencia y el autorreconocimiento de sí como valioso y que Roig considera condición de posibilidad de una filosofía latinoamericana— posee un aspecto ético. Por una parte, es expresión del principio conativo de perseverancia en el ser, que Spinoza atribuye a todos los entes; pero, además y en la medida en que está referido a la condición humana, supone el reconocimiento de la dignidad intrínseca de todo hombre y de su valor como fin en sí mismo. Este reconocimiento empero no es de carácter puramente teórico ni surge “naturalmente” en las relaciones humanas; según Roig el mismo se origina históricamente cuando tiene lugar un proceso de emergencia, que siempre se encuentra impulsado por necesidades humanas insatisfechas. De este modo, la afirmación de la dignidad humana está asociada en la historia al fenómeno de la emergencia social.¹⁹

La posibilidad de erigir un “nosotros/as” no se basa únicamente en la capacidad de definirse a sí mismo/a y a su campo de acción como sostienen los autores de la teoría de los nuevos movimientos sociales, sino que constituye una instancia anterior donde el autorreconocimiento de sí mismo/a como valioso/a, de la dignidad como condición necesaria, impregna de sentido y significación las acciones que los sujetos colectivos realizan. Es decir, la construcción de un “nosotros/as” no se asienta de manera exclusiva en los fines y medios que enmarcan la acción, sino que es precedida por un valor que es un fin en sí mismo: la dignidad humana como un principio común a todos los hombres y mujeres.

Como idea reguladora, la dignidad emerge como una necesidad fundamental, núcleo de la disidencia y brújula para la acción; más allá de que sus manifestaciones puedan corporizarse históricamente en vías expresivas de lo más diferentes entre sí. Un ejemplo de la construcción de un “nosotros/as” asentada en la afirmación de dignidad son las numerosas organizaciones de derechos humanos que surgieron en Argentina a partir de la década de los ochenta. El

¹⁹ Estela Fernández Nadal, “Arturo Andrés Roig (1922)”, en Clara Jalif de Bertranou, comp., *Semillas en el tiempo: el latinoamericanismo filosófico contemporáneo*, Mendoza, Ediunc, 2001, pp. 165-187, p. 176.

repudio y la denuncia a los delitos de lesa humanidad perpetrados por el terrorismo de Estado a finales de la década de los setenta y el reclamo por “Memoria, verdad y justicia” que aglutina a dichas organizaciones, no pueden ser comprendidos únicamente como el conjunto de fines y medios de la acción colectiva que comparten estos movimientos sociales. Existe una necesidad fundamental que impulsa la construcción de una identidad común: el reconocimiento de la vida de los/as torturados/as, asesinados/as, desaparecidos/as por el terrorismo de Estado, como un derecho humano fundamental y el merecimiento pleno de justicia y memoria. Esta instancia de reconocimiento de dignidad humana impregna de sentido las novedosas formas de lucha y organización que estos movimientos fueron adoptando a lo largo de la historia reciente argentina.

Para Roig, la construcción de un “nosotros/as”, que se encuentra en el comienzo de toda experiencia humana que busca su dignificación, se vincula con la emergencia de una subjetividad política necesaria para la realización de cualquier acción colectiva. En sintonía con el planteamiento de Roig, Norbert Lechner sostiene que

las capacidades de la sociedad de intervenir sobre su propio desarrollo, dependen de la autoimagen que ella tenga de sí misma. Vale decir, sólo una sociedad que disponga de una imagen fuerte del Nosotros como actor colectivo, se siente en poder de decidir la marcha del país.²⁰

Para estos autores, la edificación identitaria de un “nosotros/as” es condición sine qua non para la acción política y la emergencia de un horizonte de emancipación.

Ahora bien, en el marco de esta contribución, el *a priori* antropológico no emerge únicamente cuando las movilizaciones sociales y políticas logran cumplir sus objetivos ni cuando se llevan adelante prácticas exitosas de reclamos y conquistas. Como se viene expresando, la construcción de un “nosotros/as” se origina cuando tiene lugar un proceso de emergencia social impulsado por necesidades humanas insatisfechas. De una subjetividad devaluada, constituida en el marco de una historia de dominación de nuestro continente, surge la resistencia a los diversos modos de opresión por medio del autorreconocimiento como valioso/a que reclama una subjetividad política emancipatoria. Incluso, podría decirse que los momentos de crisis en nuestro continente han generado un terreno fértil para nuevas

²⁰ Norbert Lechner, *Las sombras del mañana: la dimensión subjetiva de la política*, Santiago de Chile, LOM, 2002, p. 12.

identidades políticas y reactualizaciones de novedosas acciones colectivas de los sectores populares.

Lo anterior puede verse plasmado en la repercusión que ha tenido el neoliberalismo latinoamericano en las identidades políticas subalternas. En este contexto, dichos sectores mostraron fuertes dificultades para postular un “nosotros/as” con capacidad de acción en términos clásicos. La desarticulación del tipo societal Estado-céntrico, que las políticas neoliberales de los ochenta y noventa trajo aparejada, produjo una serie de problemáticas sociopolíticas: reducción de las funciones del Estado, crisis del mercado laboral, vaciamiento de la política partidaria y sindical, aumento exponencial de la pobreza y la marginalidad y deslegitimación de las ideologías que proponían un cambio social. Como consecuencia de este panorama, los/as “trabajadores/as” como sujeto político primordial de los sectores populares comienzan a perder su protagonismo, al tiempo que se produce un vaciamiento y una deslegitimación de la política institucional. Esta situación de marginalidad socio-económica y de crisis de identidades políticas que atravesó a los sectores populares fue la antesala de la emergencia de estas nuevas identidades políticas en América Latina. En el tránsito que va de la exclusión, despojo y crisis de representación a la constitución de un nuevo ciclo contrahegemónico en la región se revitaliza la noción de *a priori* antropológico como condición previa a la posibilidad de cuestionar el poder establecido desde un espacio colectivo. En un contexto caracterizado por la polarización social, la marginación y el individualismo neoliberal, esta noción permite explicar y comprender de qué manera los sujetos políticos se constituyen como tales a partir del necesario momento de autoafirmación colectiva que implica todo proceso de transformación social:

La posición de sujeto —que llama Roig “a priori antropológico” y que configura el rasgo distintivo de la humanidad— implica siempre una emergencia y una resistencia frente a formas de sometimiento o marginación [...] La condición humana se pone de manifiesto cuando el ser humano, aplastado, despreciado, marginado, responde afirmando: “yo también soy humano”. Afirmamos nuestra condición o índole cuando ejercemos el a priori antropológico, esa “posición de sujeto” que emerge, resiste y recomienza. En este sentido, la condición humana es una meta y un camino de lucha para alcanzarla [...] Y las luchas contra las diversas formas de alienación “sólo son posibles si el sujeto comienza sabiéndose sujeto”.²¹

²¹ Estela Fernández Nadal, “La condición humana como problema filosófico en Arturo Roig: la conformación de la sujetividad en las fronteras de la contingencia”,

La connotación al auto e interreconocimiento del sujeto como radicalmente histórico y social permite comprender la reelaboración de identidades en el campo de la acción política. La constitución de estos movimientos sociales y políticos no puede ser entendida en profundidad si no se tiene en cuenta un momento necesario de reelaboración y cuestionamiento crítico de la atribución de identidades tales como “pobres”, “desocupados” o “marginados”, que ciertos estudios intentaron asignar, en las primeras décadas de los noventa, a la metamorfosis sufrida por los sectores populares.²² El paso de nomenclaturas que va de “trabajadores/as” en los años sesenta y setenta a la de “pobres” en la década de los noventa constituye una redefinición de las problemáticas sociales y una asignación de identidades políticas que condicionan las posibilidades para pensar y actuar lo social.

Así, a primera vista, se pasaba de un sujeto político activo y homogéneo a una masa amorfa que lo único que tenía en común era su situación de desposesión y pobreza, por lo que difícilmente podría constituir acciones organizativas y de resistencia. Desde esta perspectiva, el panorama neoliberal parecía condenado a la anomia, la disolución de los lazos sociales, la polarización social y la escasez de espacios organizativos. Sin embargo, fue desde la acción de los denominados “pobres” y “marginados” donde surgieron los nuevos formatos de acción colectiva y movimientos sociales, con la superación del estigma y la postulación de nuevas identidades emergentes, sostenidas en novedosos parámetros de participación, movilización y expresión social. La valoración de sí mismos como sujetos políticos enfrentados a la dominación del poder neoliberal permitió la construcción de una perspectiva crítica con respecto al orden institucional, la emergencia de acciones de resistencia y la constitución de novedosas modalidades de identificación y organización colectiva.

Consideraciones finales

EL estudio de una dimensión ético-política en el pensamiento y el quehacer latinoamericano que la obra de Arturo Roig habilita,

Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos (México, CCYDEL-UNAM), núm. 40 (2005), pp. 73-92, p. 87.

²² Cf. María del Carmen Feijó, *Nuevo país, nueva pobreza*, México, FCE, 2001; y Fortunato Mallimaci y Agustín Salvia, coords., *Los nuevos rostros de la marginalidad: la supervivencia de los desplazados*, Buenos Aires, Biblos, 2005.

permite insertar los procesos de conflictividad y surgimiento de movimientos sociales que irrumpieron al calor de la crisis neoliberal en una larga tradición de nuestro continente. Partiendo de la problemática de las identidades políticas y sus particularidades regionales, pudimos observar que, en la propuesta de Roig, la postulación del *a priori* antropológico —como la afirmación de un “nosotros/as”— permite desplegar una concepción de las identidades colectivas vinculadas a una autovaloración y autoafirmación de los sujetos que son constantemente negados/as, oprimidos/as, explotados/as. En este proceso de emergencia y construcción de una identidad común, no es suficiente que los sujetos compartan orientaciones, diagnósticos y campos de acción, sino que es necesaria la constitución de una instancia previa, un momento ético-político de auto e interreconocimiento de la dignidad humana que orienta y da sentido a las acciones.

Así, los llamados movimientos sociales pueden ser considerados no sólo como *actores* sino como *sujetos*, ya que las acciones colectivas se construyen a partir de la afirmación conjunta de su dignidad, de la valoración de sus derechos como humanos y humanas. Esta afirmación de sí mismos/as como sujetos políticos constituidos en contraposición a la dominación que ejerce el poder establecido posibilita la construcción de una perspectiva crítica, la emergencia de acciones de resistencia y la constitución de novedosas modalidades de organización y de protesta. En este sentido, la dignidad como autorreconocimiento de sí mismo/a y de los demás como sujetos, aporta a una comprensión más cabal de las reelaboraciones identitarias en el campo de la acción política latinoamericana. Al mismo tiempo, concebida de este modo, la conformación de identidades políticas es un proceso complejo y conflictivo en el que la afirmación de sí no es ajena a la lucha frente a otro que amenaza la emergencia o la continuidad histórica del sujeto en cuestión; un proceso de carácter histórico, en el que, en cada coyuntura, emergen formas específicas de reconocimiento y autovaloración.

RESUMEN

Entre todas las aventuras que supone abordar la obra de Arturo Roig (1922-2012), el desafío de tender puentes disciplinares se convierte en un ejercicio sugestivo y, a la vez, factible. A partir del cruce entre filosofía y ciencias sociales, se explora la noción roigiana *a priori antropológico* como una categoría que permite enriquecer y complejizar los estudios de las identidades políticas de los movimientos sociales latinoamericanos en el contexto neoliberal.

Palabras clave: teoría social, movimientos sociales, identidades políticas, neoliberalismo América Latina

ABSTRACT

Among all the endeavors involved in addressing the work of Arturo Roig (1922-2012), the challenge of building bridges between different fields is both suggestive and feasible. From the intersection between Philosophy and Social Sciences, the roigean notion of *anthropological a priori* is explored as a category allowing the enrichment and complexification of Latin American studies of social movements' political identities in the Neoliberal context.

Key words: social theory, social movements, political identities, Neoliberalism Latin America.